

MEMORIAS DE UN POETA CREACIONISTA MALDITO

Víctor Chaperó Blasco

*D*ía 1: 15/08/1931

No tenía intención de llegar a escribir un diario que relatase mi vida, no hasta ahora. Actualmente soy víctima, bendita a mi juicio, de un acontecimiento tan ficticio como fantástico.

Todo empezó hace no más de uno o dos días, cuando me aventuré a ejercer como poeta novato en un género que llevaba masticando durante años: el Creacionismo. Mi deseo por crear mundos nuevos mediante versos que “abrieran mil puertas” aumentaba conforme leía más y más la obra de poetas como Huidobro. Así pues, comencé a escribir poemas que describían una realidad con unas leyes creadas y pensadas por mí, dicté que las montañas se deshacían como ríos y que los ríos se levantaban y adquirían la forma de las montañas. A su vez, entre sus aguas, corrían peces de todo tipo: unos con pelo, otros con nariz, otros con tentáculos e incluso otros con alas, no aletas. Pero esos mundos que estaba creando eran tan ambiciosos que no se conformaron con unos simples versos como aquellos.

Ha sido esta mañana cuando, nada más despertarme, he salido a las afueras de mi casa, una casa solitaria rodeada por un monte lejos de cualquier tipo de civilización, y he podido ver que aquello que recordaba como montañas era ahora un líquido marrón verdoso que fluía entre enormes montículos de agua, dejando ver la variada y surrealista fauna que habitaba en ellos. No he tardado en reconocer mi propia obra plasmada en la realidad que se mostraba, verosímil, ante mis ojos. Es este extraño suceso lo que me ha llevado a comenzar la redacción de un diario personal. Mis versos tienen un poder creativo indiscutible, pero no estoy seguro de mi capacidad para controlarlos.

*D*ía 2: 16/08/1931

¡Ah! ¡Creo que esto está muy lejos de ser una virtud! Mi realidad se está deformando a tal punto que mis poemas están comenzando a perder cualquier tipo de creacionismo. De negarme a servir a la Naturaleza, ahora es ella quien me imita. ¿Por qué mis versos recitados no pueden ser simplemente palabras? Tengo un poder divino que va más allá de ser un “pequeño” Dios, un poder que me abruma y comienzo a temer. Aquellos poetas creacionistas apostaban por la creación, pero una creación ficticia, creación en un libro, mediante un léxico, creación que no se escapa más allá de unas páginas. En cambio, mi pluma es incapaz de producir esos versos inocentes, pues solo escriben predicciones plasmadas en una poesía que va más allá de un creacionismo literario. Quiero escribir en verso, porque en verso quiere mi alma expresarse. No escribo en verso, porque mis versos acaban siendo interpretados por el mundo. Vuelo en paracaídas sobre una realidad de la que no puedo escapar ni afirmando disparates como que los osos vuelan, porque acaban volando.

Estoy confuso a la par que maldito, no bendito.

Día 3: 17/ 08/ 1931

¡Loco! ¡Loco me estoy volviendo! No soporto esta maldición, la realidad me angustia y no escapo de ella ni con lo más absurdo y surrealista que se me ocurre.

Irrealidad, realidad, irrealidad, realidad... ¡Ya no sé!

Estoy cansado, cansado de ser un Dios de verdad, cansado de crear la realidad que me envuelve. La locura me corroe con cada verso, se expande por mis venas como un veneno frío y espeso. Una dicotomía hierve incesantemente en mis entrañas; necesito recitar poesía, porque la poesía es mi vida, porque mi alma quiere ser creacionista, aun si la creación va más allá del papel, pero no puedo seguir así, no puedo escribir más, no puedo, no, no, NO.

Me clavo un puñal inventado y aquí yacerán mis poemas: estos serán mis últimos versos. He aquí la tumba de un poeta creacionista maldito, de un Dios que no quiso serlo.

Y así escribo estos versos.

Creo montes llenos de libros,

mares de agua azucarada

Fuego helado

y crepitante y helado

¡Hielo ardiente!

y ardiente y ardiente

Irrealidad, realidad...

Irredidad,

realifalso.

Creo tantos molinos como

los de Huidobro

Molinos... ¡Molinos!

Pero soy un grito

ahogado, ahogándose.

Un ahogado gritando

*Gritando en el agua que empieza
a solidificarse.*

Óyeme, Naturaleza,

si usted,

terca y terca y terca,

desea servir

mis palabras,

entonces este poeta

callará

para

siempre.

